Mujer y Madre

7488

EL ANILLO DE SATANAS

(MEMORIAS DEL REINADO DE FERNANDO VI)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

Esta interesante obra, que consta de dos tomos, se repartirá por cuadernos de 32 páginas, en buen papel y esmerada impresion.

Sin embargo del lujo de la edicion, el precio de cada cuaderno sólo será

UN REAL EN TODA ESPAÑA

Se repartirá un cuaderno semanalmente; pero los señores suscritores que en vez de un cuaderno quieran recibir dos ó más, pueden indicarlo al repartidor y serán complacidos.

LÁMINAS DE REGALO

En el trascurso de la publicacion recibirán los señores suscritores excelentes láminas, que representarán los principales episodios de esta importantísima obra.

Está terminada, y su precio es 56 reales en toda España.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—Administracion: calle de la Esgrima, núm. 2, 2.° donde se dirigirán todos los pedidos y reclamaciones.

MUJER Y MADRE,

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

por

DON CEFERINO SUAREZ BRAVO.

Representado en el Teatro de Lope de Vega.

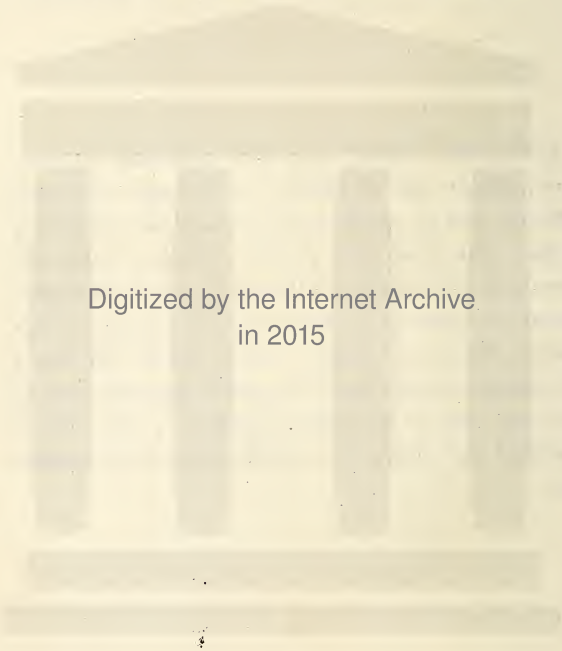
N.° 224.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.
1853.

AL EXCMO. SEÑOR D. PEDRO EGAÑA.

Al dedicar á usted esta obra con tanta benevolencia acogida por el público, no lo hago solamente impulsado por un sentimiento personal de gratitud y amistad, sino como una ofrenda debida á quien tan franca y desinteresada proteccion ha sabido dispensar durante la época de su ministerio, á cuantos se dedican en España al cultivo de las letras. En uno y otro concepto acepte usted esta débil muestra como la única que está en mi mano ofrecerle y con ella la seguridad del afecto y consideracion de su apasionado

CEFERINO SUAREZ BRAVO.


Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/mujerymadredrama534suar

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

677034

PERSONAS.	ACTORES.
MARÍA.	Sra. Palma.
LA VIZCONDESA. . . .	Sra. Carrasco.
LUISA.	Sra. Tutor.
DON CÁRLOS.	Sr. Romea. (D. Julian.)
DON DIEGO.	Sr. Pizarroso.
EDUARDO.	Sr. Romea. (D. Florencio.)
DON LUIS.	Sr. Aguirre.
JORGE.	Sr. Mas.

La escena pasa en los baños de...

ACTO PRIMERO.

Sala de recreo en los baños de... Puerta á la derecha que guia á las habitaciones de la Vizcondesa: otra á la izquierda, que conduce al jardin: otra en el fondo. Adorno sencillo y elegante.

ESCENA PRIMERA.

DON CÁRLOS.—*Poco despues* LUISA.

D. CARL. *(Saliendo por la puerta del foro y registrando la escena con la vista.)*
Aquí ha de ser. Si no mienten
mis noticias, esa puerta
(Señalando la de la derecha.)
es la que busco. Llamemos...
(Da tres golpes y luego aplica el oido.)
Me han oido. ¡Cuán agena
estará de mi venida
la señora Vizcondesa!

LUISA. *(Abriendo la puerta de la derecha.)*
¿Quién llama?
(Reconociendo á don Cárlos.)
¡Cielos, don Cárlos!

D. Carl. ¡Qué! ¿Te asusta mi presencia?
Luisa. ¿A mí? no por cierto... pero...
perdone usted .. la sorpresa...
la conmocion...
D. Carl. ¡Pobre Luisa!
Harto ese asombro me muestra
que ni tú, ni la señora
me esperábais... mas, paciencia.
Es preciso dispensar
á los amigos que sean
alguna vez importunos.
Ademas, cuando se intenta
una fuga...
Luisa. ¿Cómo? ¿fuga?
D. Carl. No sé qué otro nombre tenga
marcha tan precipitada
tan misteriosa y discreta,
que aun á estas horas la ignora
todo Madrid.
Luisa. Por las señas,
usted es una escepcion.
D. Carl. ¡Oh! yo amo á la Vizcondesa...
Luisa. (¡Tunante!)
D. Carl. Y ademas tengo
mi policía secreta.
¿Qué tal le sientan los baños?
Luisa. Hasta aquí notable era
su mejoría, mas temo
que desde hoy .. (¡Chúpate esa!)
D. Carl. Maliciosa estás. Supongo
que Eduardito la consuela.
Luisa. ¡Cómo! ¿Tambien sabe usted?
D. Carl. Todo lo sé, vamos, entra
á avisarla mi llegada.
Luisa. Lo haré así, mas...
D. Carl. Quiero verla.
Luisa. Pero ahora es imposible;
no está vestida y es fuerza
que usté aguarde...
D. Carl. Bien está.
(Saca su cartera y escribe en una de sus hojas.)
Luisa. (Mal le sentará la nueva
á mi señora.)

D. Carl. *(Repitiendo á medida que escribe.)*
Es preciso...
que con usté... á solas tenga...
una entrevista...
Luisa. (Recelo
que habrá entre los dos tormenta.)
D. Carl. *(Rasgando la hoja de la cartera y dándosela á Luisa.)*
Luisita, le entregarás
este papel á Enriqueta.
En él la digo que al punto
quiero hablarla.
Luisa. Bien pudiera
sin auxilio del billete...
D. Carl. No importa: la Vizcondesa
es tan flaca de memoria!
Luisa. (¡Y tanto!) Usted lo desea...
D. Carl. Acaso como mi nombre
no habrá olvidado mi letra.
Con que así... Pero alguien viene.
(Viendo á Eduardo que entra por el foro.)
(¡Mi rival!)
Luisa. *(Entrando y cerrando tras sí la puerta.)*
(¡La hicimos buena!)

ESCENA II.

Don Cárlos.—Eduardo.

D. Carl. ¡Señor don Eduardo!
Eduar. (¡Cielos!
¡Aquí este hombre!)
D. Carl. ¡Oh qué sorpresa
tan agradable!
Eduar. *(Con empacho.)*
La mia...
no lo es menos.
D. Carl. (Mi presencia
no le hace gracia.) A los baños
de llegar acabo apenas,
y hallo á pares los amigos.

Así que la diligencia
me dejó en estos lugares,
á mi demanda primera
oí pronunciar el nombre
de usted con el de Enriqueta.

EDUAR. *(Con viveza.)*
¿La ha visto usted?

D. CARL. Aun no está
visible, y antes de media
hora volveré.
(Acercándose á Eduardo y con aparente intimidad.)
Es verdad
que yo en rigor bien pudiera
atropellar la consigna,
pues la intimidad estrecha
que nos une, casi á ello
me autoriza; pero es prueba
que á ensayar no me decido...
¡Oh! quién sabe lo que arriesga
aquel amigo imprudente
que sorprende á una belleza
con el cabello en desorden
ó sin corsé, ó con ojeras!
¿No es usted de mi opinion?

EDUAR. No es digna mi inesperiencia
de consulta; soy marino,
los escollos de la tierra
desconozco; es ancho el buque
y así ando en él casi á ciegas.
Usted sabrá hasta qué punto
podrá llevar su franqueza
con esa dama. ¿Su trato,
ha mucho que usted frecuenta?

D. CARL. Tres años de relaciones...
de amistad íntima, estrecha,
llevamos ya.

EDUAR. (¿Por qué vuelven
á renacer mis sospechas?)
Doy á usted mi parabien.
(¡Si me engañará Enriqueta?...
¡Tres años!)

D. CARL. (Mal gesto pone.)

Vóyme pues: daré la vuelta
muy pronto. Mucho celebro,
señor don Eduardo, que esta
casualidad nos reuna.

EDUAR. *(Con frialdad.)*
Gracias.

D. CARL. Harémonos cuenta
de que en Madrid nos hallamos,
y veremos la manera
de hacer agradable el tiempo
que aquí pasemos, á nuestra
amiga. Conque... hasta luego.
(Vase por el foro.)

ESCENA III.

EDUARDO.

¡Tres años! ¡larga es la fecha!
Ciertos eran los rumores
que al principio tan de veras
me alarmaron: sí, no hay duda:
entre Cárlos y Enriqueta
hay un lazo misterioso
que ya penetrar es fuerza.
Mas... ¿qué me importa en resúmen?
¿no tengo seguras pruebas
de que es pagado mi amor
con fina correspondencia?
La ignorancia de don Cárlos
á quien no avisó Enriqueta
de su marcha, ni del sitio
en que hoy estamos, ¿no es prueba
de que ella á ese hombre no ama?
Sin embargo... su presencia
no esperada en estos sitios,
de sorda inquietud me llena.
¡Oh! ¡Si Enriqueta le amase!
¡Dios de su mano me tenga!
Mas, hela aquí.

ESCENA IV.

EDUARDO.—LA VIZCONDESA *que sale de su habitacion con trage de mañana.*

VIZCOND. *(Echando una mirada furtiva por la escena.)*
(Ya no está:
¿si se habrán visto los dos?)
EDUAR. *(Saludando.)*
Vizcondesa...
VIZCOND. Usted aquí
sin avisarme?
EDUAR. El temor
de ser molesto.
VIZCOND. ¿De veras?
Muy cumplido está usted hoy.
Creí que nuestra amistad...
EDUAR. ¡Amistad!
VIZCOND. Que nuestro amor,
acortara entre nosotros
toda etiqueta.
EDUAR. Perdon
pido á usted, pero hay momentos
para quien ama cual yo
de tan triste incertidumbre,
Vizcondesa...
VIZCOND. Por favor,
Eduardo, dígame usted
sin rodeos la ocasion
de esa inquietud repentina:
¿qué nube se atravesó,
hable usté, en el horizonte
puro ayer de nuestro amor?
EDUAR. Nunca á quien de veras ama
faltan en su corazon
recelos que le atormenten.
Desde la edad mas precoz
á la vida de los mares
me lanzó una vocacion
irresistible: esa lucha

azarosa, en que el valor
del hombre á los elementos
en contínua rebelion
vence y castiga; la gloria
de hacer pasar con honor
por las mas remotas playas
el nacional pabellon,
en pos de sí me arrastraron.
Sin los goces del amor
pasó entre duras faenas
mi juventud.

VIZCOND. Pero yo,
perdone usted, no adivino...

EDUAR. Oh! présteme usté atencion.
Tal era mi vida, cuando
un precepto superior
me llama á tierra; en la Córte,
secreta, urgente mision
del servicio me reclama,
pero antes parto veloz
á Burgos y allí unas horas
paso al lado protector
del anciano que de padre
en mi orfandad me sirvió,
y de María su hija,
ángel de bondad y amor...

VIZCOND. La conozco.

EDUAR. A quien hermana
llamé en el curso veloz
de mi infancia. Al fin partí.
Llego á Madrid; relacion
de amistad y parentesco
me concede el dulce honor
de penetrar en su casa:
veo á usted, y la pasion
que encendió usted en mi alma,
tal fué Enriqueta...

VIZCOND. Que yo
conmovida á pesar mio
le dí á usted mi corazon.
¿No es esto, Eduardo?

EDUAR. ¡Oh, Enriqueta!
repita usted por favor

tales palabras.
VIZCOND. Si, Eduardo...
yo te amo.
EDUAR. *(Besándola una mano.)*
¡Oh dicha!
VIZCOND. Mas no
nos sorprendan...
EDUAR. Nada temas.
Nadie nos vé.
VIZCOND. De mi amor,
no estás seguro?
EDUAR. Enriqueta,
quiero estarlo... sí... lo estoy.
VIZCOND. ¿Dudas aun?
EDUAR. No lo dudo...
mas...
VIZCOND. ¿No podré saber yo
la causa de tus recelos?
EDUAR. Pues bien, acaso un temor
sea pueril; pero hay un hombre
á quien la pública voz
señala como tu amante...
VIZCOND. (Le ha visto.)
EDUAR. (Que se inmutó
me parece.)
VIZCOND. No adivino...
EDUAR. Cuya vista tiene el don
de alterar toda mi sangre
en las venas...
VIZCOND. No se yo
de quién hablas...
EDUAR. Que altanero,
casi parece, perdon,
que te impone su amistad
por no decirte su amor.
VIZCOND. ¡Eduardo!
EDUAR. Aquí, hace un momento,
de verle acabo, y por Dios
que no es la casualidad,
la que su planta guió
hácia estos sitios.
VIZCOND. Don Cárlos...
EDUAR. El mismo.

VIZCOND. (¡Turbada estoy!)
Injustas son tus sospechas;
lejos de tener amor
á ese hombre, solo me inspira
el desden y la aversion.
EDUAR. ¿Por qué entonces le recibes?
VIZCOND. ¿Por qué, Eduardo? Por temor.
EDUAR. ¿Es posible?
VIZCOND. Hábil y osado
cual ninguno, consiguió
figurar como caudillo
de esa dorada legion
de elegantes que á su gusto
dispone en la Córte hoy
del imperio de la moda.
EDUAR. ¿Y bien...
VIZCOND. La reputacion
mejor sentada, sujeta
está á su capricho.
EDUAR. Yo
sabré cortarle los vuelos:
te lo juro.
VIZCOND. Por favor,
Eduardo.
EDUAR. Yo te prometo
darle una buena leccion.
VIZCOND. Te lo prohibo.
EDUAR. ¡Qué dices!
VIZCOND. *(Con ternura.)*
Te lo ruego.
EDUAR. Pero yo...
VIZCOND. Un escándalo seria
mi muerte; si de mi amor
estás seguro, si solo
reinas en mi corazon,
¿á qué viene de esos celos
el insensato furor?
Nunca á don Cárlos amé,
el ceño adusto depon
y á ideas mas halagüeñas
tornemos la vista. Hoy
nueva gente habrá llegado
á los baños, no es razon

que mientras todos se alegran
tristes estemos los dos.
Es preciso organizar
bailes, fiestas; la estacion
nos convida; ya he mandado
á pedir mis trages...

EDUAR. ¡Oh!

VIZCOND. Quiero parecerte hermosa.

EDUAR. Mas... (¡Siempre frívola!)

VIZCOND. (Estoy
inquieta... Si ahora llegase
don Cárlos... ¿Cómo haré yo?)

D. DIE. *(En el fondo hablando con un criado.)*
¿Con que dices que es aquí?
Basta: bien está.

EDUAR. *(Volviéndose.)*
Esa voz!...
(Reconociendo á don Diego.)
¡Cielos! ¡Qué miro! ¿Es posible?
(*Se retira á un lado.*)

VIZCOND. ¿Por qué, Eduardo, esa sorpresa?

ESCENA V.

Dichos.—DON DIEGO.

D. DIE. *(Dirigiéndose á la Vizcondesa y sin ver á Eduardo.)*
La señora Vizcondesa
del Olmo?

EDUAR. (¡Lance terrible!
¡Quién hubiera imaginado!)

VIZCOND. Yo soy.

D. DIE. Lo tengo á merced.

VIZCOND. Pero... ¿su nombre de usted?

D. DIE. Don Diego Ruiz de Alvarado.

VIZCOND. Don Diego, es verdad, ¿y yo
desconocerle he podido?

D. DIE. Lo mismo me ha sucedido.
Hace seis años que no
nos hemos visto, y su porte

me engañó por vez primera.
Casi una niña usted era
cuando se marchó á la Córte.
¿Volverá usted pronto á allí?

VIZCOND. Pienso hacerlo sin retardo.

D. DIE. Sabré noticias de Eduardo,
pues yo ignoro...

VIZCOND. *(Mirando á Eduardo.)*
¿Cómo así?
Usted no sabe...

D. DIE. Hace un mes
que de él nuevas no recibo,
y ya de inquietud no vivo;
temo algun triste revés.
Su padre en su adios postrero
a mi amor le ha confiado
como á un hijo le he criado
y como á un hijo le quiero.

VIZCOND. Nada tema usted...

D. DIE. ¡Oh! sí.

VIZCOND. Le verá usted sin demora.

D. DIE. Pero ¿dónde está, señora?

EDUAR. *(Acercándose.)*
¡Padre!

D. DIE. *(Abriendo los brazos.)*
¡Hijo mio!
(Conteniéndose y con tono severo.)
¡Tú aqui!

EDUAR. *(Confuso.)*
Señor... (Qué decir no sé.)

D. DIE. *(Despues de una pausa.)*
¡Callas!

EDUAR. Pido á usted perdon...
mas no es esta la ocasion...

D. DIE. Basta, despues lo sabré.

EDUAR. Mejor será. (Mal el dia
comienza.)

VIZCOND. (¿A qué habrá llegado?)

D. DIE. Eduardo, te has olvidado
de preguntar por María.

VIZCOND. ¿María? ¡Cómo! ¿está aquí?

D. DIE. Ella causa mi venida.

EDUAR. ¡Qué escucho! ¡hermana querida!

La última vez que la ví
pálida estaba y doliente.
¿Se agravó tal vez su mal?

D. Die. ¡Sí, Eduardo!

Eduar. ¡Nueva fatal!
Corro á abrazarla.

D. Die. Detente.
(Antes tenemos los dos
que hablar.)

Vizcond. Y yo que ignorante...
Corro á verla en este instante.
¿Qué tiene?

D. Die. ¡Sábelo Dios!
(¡Y yo tambien!) Vano ha sido,
Vizcondesa, mi cuidado.

Eduar. (Confuso y avergonzado
estoy.)

D. Die. Mal desconocido
la consume á la infeliz:
su faz bella y sonrosada
como una flor marchitada
perdió el juvenil matiz.
Los remedios que la ciencia
buscó en su tenaz porfia,
solo han servido hasta el dia
para mostrar su impotencia.
Por fin no encontrando ya
medio alguno acreditado,
los baños la han recetado,
y hénos aquí.

Vizcond. No será
vana tal vez su venida.

D. Die. Ya la esperanza perdí.

Vizcond. Corro á su encuentro: de mí
acaso tenga perdida
la memoria.

D. Die. No en verdad.
Dispense usted si me quedo.

Vizcond. No hay por qué; yo sola puedo...
Hasta luego. (¡Oh! qué ansiedad!)
(Váse por el foro.)

ESCENA VI.

DON DIEGO.—EDUARDO.

D. DIE. Ya solos hemos quedado:
responda usted, caballero,
no al padre, si al juez severo
de su conducta indignado.
¿Cómo se halla usted aquí?
¿qué imperiosa ocupacion
la sagrada obligacion
le hace abandonar así?
Oh! no es de un padre el amor
quien mas pena aquí reporta:
ya sé que eso á usted no importa!
es de un soldado el honor.
Abandona usted su puesto...
(*Movimiento de Eduardo.*)
cartas tengo de Madrid:
oh! no hay engaño, ni ardid
que disculpe á usted en esto.
¿Cómo disculpar accion
tan indigna? A lo que infiero
ignora usted, caballero,
lo que es una desercion!

EDUAR. ¡Oh!

D. DIE. Déle usted otro nombre.

EDUAR. Basta ya: de cualquier modo
no soy de tan ruin apodo
merecedor: como un hombre
de honor siempre procedí.

D. DIE. ¡Mentira!

EDUAR. Verdad, señor;
con licencia superior
de la Córte vine aquí.

D. DIE. (Respiro.) Mas sin consejo:
al adoptar tal partido,
ni aun consultarme has querido !...
Has hecho bien... ¡Yo soy viejo!

EDUAR. Oh! y esto llego á escuchar!

Si usted supiera...

D. Die. Es en vano.
De tu proceder liviano
la causa quiero ignorar.

Eduar. Padre...

D. Die. No lo soy: es cierto
que tu niñez he cuidado,
que en tu orfandad á mi lado
hallaste seguro puerto,
donde al abrigo crecer
de escollos y de huracanes:
que con mil tiernos afanes
protegí tu débil ser,
é infundí en tu sangre brio
para alzarte á un noble puesto...
¿mas qué importa todo esto?
Tú al fin, no eres hijo mio!
(Eduardo quiere hablar.)
No, tu padre al espirar
solo te dejó en la tierra:
murió á mi lado en la guerra
del plomo al traidor azar.
Era mi amigo; al dolor
te abandonó en frágil cuna,
rico en bienes de fortuna,
pero sin un protector.
Los instantes eran breves...
serlo tuyo prometí...
ya eres hombre, y yo cumplí
conmigo: nada me debes.

Eduar. No con tan ciego arrebato
me culpe usted: yo habré sido
de un vano error impelido,
culpable, sí, mas no ingrato.
¡Yo olvidar tanta merced!
Bien sé que á otro el ser debí,
mas yo no le conocí;
mi único padre es usted!
¡Usted me dotó el primero
de honrado y noble alvedrío!
¡Usted solo, padre mio.
á quien amo, á quien venero!
Si olvidé mi obligacion,

es, padre, que de repente
mi corazon y mi mente
ha invadido una pasion.

D. Die. ¡Cielos!

Eduar. ¡Amor invencible!
La imágen de una mujer
ocupa todo mi ser,
me roba el sueño apacible
por la noche y por el dia
su ardiente imágen me acosa,
y voy ciega mariposa
tras su lumbre que es mi guia.

D. Die. Mi temor se realizó:
pero, ¿dónde has conocido?
¿te ama?

Eduar. Soy correspondido...

D. Die. Y eres feliz?

Eduar. ¿Qué sé yo?
La razon en vano alega
contra este amor que me abate;
mi cabeza le combate,
mas mi corazon se niega.

D. Die. ¿Acaso no es digna?...

Eduar. ¡Oh! sí.
Quiérolo al menos creer.

D. Die. Mas, ¿quién es esa mujer?

Eduar. Ahora mismo estaba aquí.

D. Die. La Vizcondesa, ¡oh destino!
¡pobre Eduardo!

Eduar. ¿Qué?... Señor...

D. Die. Mal colocaste tu amor.

Eduar. ¿Lo sabe usted?

D. Die. Lo adivino.
Bella, rica y en la córte,
habrá yo por precision
gastado su corazon.
Las mujeres de ese porte,
siempre Eduardo en su carrera
dejan víctimas detrás,
en tanto que tú quizás
ames por la vez primera.
Por eso con tal ardor
turba la pasion tu mente,

pues la que menos la siente
sabe inspirarla mejor.

EDUAR. ¡Oh! no es su pecho insensible,
y confio...

D. DIE. Es menester
que olvides á esa mujer.

EDUAR. Pide usted un imposible.

D. DIE. ¿Por qué en mi ciega porfía
corazon tan noble os dí?
¡Él ha de perderte á tí
como ha perdido á María!

EDUAR. ¿Qué dice usted?

D. DIE. *(Vivamente.)*
¡Nada, nada!

EDUAR. ¡Oh! ¡qué sospecha terrible!
María... no, ¡es imposible!

D. DIE. *(Con inquietud.)*
¿Pues qué?...

EDUAR. Acaso deshonrada...

D. DIE. ¡Calla!

EDUAR. Sí; recuerdo ahora...
Su tristeza... su ansiedad...
¡Sáqueme usted por piedad
de esta duda aterradora!

D. DIE. *(Mirando á todas partes.)*
¡Mas bajo!

EDUAR. ¡Pronto, señor!

D. DIE. Pues bien, sabe el triste arcano.
¡Hay en la tierra un villano
que ha manchado nuestro honor!
Dos años hace que lloro
su menguado desafuero.

EDUAR. ¿Vive aun?

D. DIE. Así lo espero.

EDUAR. Su nombre al punto.

D. DIE. Lo ignoro.

EDUAR. ¿No pudo usted indagar?...

D. DIE. Quise con tenaz porfía
de los lábios de María
ese vil nombre arrancar.
Acudí al ruego primero,
pero en vano... luego, airado...
Aquel cuerpo delicado,

encierra un alma de acero.
Al ver la indignacion mia,
la frente al suelo inclinaba:
su silencio me irritaba,
su llanto me enternecia.
Cuando de mi enojo al yugo
casi espirante la ví,
á ser padre al fin volví,
cansado de ser verdugo.

EDUAR. ¿Conmovió á usted su dolor?

D. DIE. Sí: su falta perdoné
y al hijo le arrebaté
fruto de su aciago amor.
La infeliz muerto le llora;
no hubo á sus lágrimas tasa,
mas yo arranqué de mi casa
el padron que nos desdora.
Muy cruel con ella fuí;
pero esta accion inclemente
fué precisa: el inocente
vive solo paro mí.
Mas el seductor...

EDUAR. Su dolo,
padre, castigar prometo.

D. DIE. No, su nombre es un secreto
que saben Dios y ella solo.

EDUAR. ¡Ella tan noble, tan pura!

D. DIE. No la trates con rigor,
que mas digna de tu amor
hoy la hace su desventura.
Aun la herida sangre mana
que abrió un traidor en su pecho:
Eduardo, en tan duro estrecho,
aun puedes llamarla hermana.
No es flaqueza paternal;
para ver con alma entera
su dolor, preciso fuera
un pecho de pedernal;
y yo al fin su padre soy,
y en ella cifro mi encanto.

EDUAR. Yo respetaré su llanto.
Adios.

D. DIE. ¿Te marchas?

EDUAR. Me voy.
Lo que acabo de escuchar,
me ha herido profundamente;
quiero á solas con mi mente,
padre, un instante quedar.
Luego á mi hermana veré.
¿Me ha perdonado usted?
D. DIE. Sí:
pero vuelve pronto aquí.
EDUAR. Pronto, señor, volveré.
(Vase por el foro.)

ESCENA VII.

DON DIEGO, *solo.—Luego la* VIZCONDESA.—MARÍA.

D. DIE. Él tambien, de la pasion
al yugo rindió su cuello.
¡Quién sabe! Fácil juguete
de los frívolos manejos
de una coqueta sin alma;
tal vez devora en secreto,
celos, que son en el hombre
por mas ocultos mas regros.
MARIA. *(Saliendo con la Vizcondesa por el foro.)*
No está.
VIZCOND. Pues hace un momento
que aquí le dejé.
MARIA. *(A don Diego.)*
¿Y Eduardo?
D. DIE. Se ha marchado, pero presto
volverá.
MARIA. ¿Qué? ¿No le has dicho
que aquí estaba?
D. DIE. Por supuesto.
Con ansia verte desea,
pero un asunto de empeño
reclama por un instante
su presencia:
(María mueve la cabeza con aire de duda.)
Sí por cierto.

MARIA. *(Aparte á su padre.)*
No, sin duda le has contado,
padre, mi triste secreto.
(Don Diego va á hablar.)
No me lo ocultes.
D. DIE. *(Aparte á María.)*
Y bien,
hija, engañarte no quiero:
solté una frase imprudente
y él ha divinado...
MARIA. *(Con abatimiento.)*
¡Cielos!
VIZCOND. *(Acercándose.)*
¿Qué es eso?
D. DIE. *(A María en voz baja.)*
¡Valor!
MARIA. *(Con violencia.)*
No es nada...
Como hace en este aposento
tanto calor... necesito
respirar el aire fresco.
VIZCOND. *(Señalando la puerta de la derecha.)*
Por esa puerta se sale
al jardin...
MARIA. *(Cogiéndose del brazo de su padre.)*
Sí, vamos presto.
VIZCOND. *(A María.)*
Yo no puedo acompañarte:
aquí una visita espero.
MARIA. Quédate.
VIZCOND. Con qué placer,
á anudar, querida, vuelvo
el interrumpido lazo
de nuestra amistad. Espero
que no tardarás.
MARIA. Muy pronto
daré la vuelta.
VIZCOND. Hasta luego.
(Don Diego saluda y sale con María por la derecha.)

ESCENA VIII.

La Vizcondesa.

Ya no tardará don Cárlos.
A negarle no me atrevo
la entrevista que me pide;
y además, ya que no hay medio
de huir su presencia, estoy
resuelta con firme empeño
á sacudir de una vez
el yugo odioso que ha tiempo
pesa sobre mí: los lazos
que á él me ligan romper quiero.
No es un vulgar enemigo;
de vengarse hallará medios;
pero todo es preferible
á los continuos recelos
que me hace sufrir la vista
de ese hombre, testigo eterno
que sigue todos mis pasos
y anda en todos mis secretos.
Si Eduardo á saber llegára...
Sospecha, y puedo muy presto
la realidad...
(Viendo á don Cárlos.)
Aquí está.
Valor! ya llegó el momento.

ESCENA IX.

Don Carlos *(por el foro.)*—La Vizcondesa.

D. Carl. *(Entrando.)*
Oh! Enriqueta.
Vizcond. Oh! caballero
don Cárlos!

D. Carl. En otros dias,
Cárlos á secas decias.
Vizcond. Era otro tiempo.
D. Carl. No quiero
armar querella, señora,
por tan frívolo motivo;
mas ya que ese tono esquivo
adopta usted.... sea en buen hora.
No exhalarán queja alguna
mis labios, hoy que certero
de dar con el paradero
de usted, logré la fortuna.
Pues como yo tan constante
siempre en mis afectos fuí,
al punto el caso inquirí:
si bien conocí al instante,
que esa repentina ausencia
velada á fuerza de engaños,
mas que por tomar los baños
fué por huir mi presencia.
¡Qué pronto el favor se gasta!
¡De tal mudanza me espanto!
¿Posible es que temor tanto
cause yo?
Vizcond. Don Cárlos, basta.
Basta, sí, que es tiempo ya
de que los dos claro hablemos.
D. Carl. La misma intencion tenemos.
Sí por Dios! mejor será.
Vizcond. Pretender yo disculparme
fuera necia hipocresía:
que el lazo que nos unia
no fué bastante á ligarme
al yugo de un compromiso,
claro en mis hechos se vé;
pero oiga usted el por qué.
D. Carl. Es inútil.
Vizcond. No; es preciso.
Hará como unos tres meses,
si no es mi memoria escasa,
que se presentó en mi casa
don Eduardo de Meneses.
Usted le conoce...

D. Carl. Sí,
y harto el hecho se concilia...
Vizcond. *(Interrumpiéndole.)*
Relaciones de familia
le abrieron paso hasta mí.
No encarezco á usted su porte,
ni los diversos azares,
diré á usted que de los mares
le trageron á la Córte;
solo sí que en mí escitó
su persona simpatías,
y que él á los pocos dias
su pasion me declaró.
Yo acostumbrada á escuchar
esas mil frases triviales
de salon, ya proverbiales
en el viejo arte de amar,
cuando aquel acento oí
tan enérgico y sincero,
sávia de un amor primero...
conmovida me sentí.
Dile esperanzas...
D. Carl. No mas
se canse usted. Esa historia
la sé casi de memoria...
Vizcond. ¿Es usted brujo?
D. Carl. Quizás.
Vizcond. Que fuí de su amor esclava:
que no le olvido un instante.
D. Carl. ¡Cómo! ¡tres meses constante!
Hé ahí lo que yo ignoraba.
Vizcond. ¿Es burla?
D. Carl. No por mi vida,
y á tiempo llegó el aviso;
mas por lo tanto, es preciso
que á ese amante usted despida.
Vizcond. Chanza es esa de mal tono.
D. Carl. De veras hablar pensaba.
Vizcond. Ya he dicho á usted que le amaba,
don Cárlos.
D. Carl. Mas en mi abono.
No turbé paz tan dichosa
por juzgar eso un capricho:

despues de lo que usted ha dicho
la despedida es forzosa.
Y esto me hace cabalmente
recordar, que de mi amor
un sacrificio mayor
exigió usté, y ciegamente
su mandato obedecí.

VIZCOND. *(Turbada.)*
No recuerdo...

D. CARL. Usted olvida
cierta jóven seducida...
en Burgos...

VIZCOND. *(Fingiendo no acordarse.)*
¿En Burgos?

D. CARL. Sí.
Su recuerdo aun me da guerra:
era un ángel de hermosura
capaz de hacer la ventura
de cualquier hombre en la tierra.
Al verla, quedé, señora,
preso en amorosa red;
entonces la olvidé á usted
como usted me olvida ahora.
En Burgos me establecí
donde de paso me hallaba,
ausente su padre estaba,
la ocasion propicia ví,
y con tenaz intencion
la incauta beldad sitié
hasta que el premio alcancé
de ganar su corazon.
Seis meses duró esta vida;
jamás, mi fé lo asegura,
ví tan noble criatura,
ni belleza tan cumplida,
(sea dicho con perdon
de la de usted...)

VIZCOND. *(Irónicamente.)*
Oh! ¡qué atento!
mas la moral de ese... cuento...

D. CARL. Vendrá hácia la conclusion.
Cuando ya de sus favores
lamentaba hallarme esclavo,

nuevas de este, tuvo al cabo,
idilio de mis amores
cierta dama á quien tambien
lazo amante me ligaba
y que en Madrid se encontraba,
la cual sin fingir desden,
antes con estilo airado
en elocuente misiva
me ordenaba nada esquiva
volviese al punto á su lado.
Yo, tocado el corazon
por un generoso instinto,
la hice en relato sucinto
la historia de mi pasion.
Todo el velo descorrí...
ella insistió con firmeza.
Al fin triunfó la cabeza
del corazon : y partí.
Dejé la deshonra en pos
y á la dama vencedora.
¡Oh! fué una infamia, señora,
que cometimos los dos,
porque era usted esa dama.
¿No es esto verdad?

VIZCOND. *(Confusa.)*
Sospecho...
que exagera usted...

D. CARL. Del hecho
darán, si usted lo reclama,
la dos cartas evidencia.

VIZCOND. Recuerda usted tales cosas...

D. CARL. No son las menos curiosas
de nuestra correspondencia.

VIZCOND. *(Con tono resuelto.)*
Pues yo á Eduardo no abandono.

D. CARL. Eso es lo que hemos de ver.

VIZCOND. Don Cárlos, esto ha de ser.

D. CARL. Pues no ha de ser.

VIZCOND. Ese tono...

D. CARL. Es el que usar me conviene...
y acortemos las razones.
Sé que en nuestras relaciones
parte el corazon no tiene

ni la ha tenido, verdad
bien triste, señora, es;
ligóme á mí el interés
como á usted la vanidad.
Y diré la verdad toda:
á mis recursos y ardid
debe usté el ser en Madrid
soberana de la moda.
Gozó usted á su placer
de esos triunfos de salon,
frívolos, pero que son
la vida de una mujer.
Esto sin nada exigir,
pues cual lejana merced
creí en su mano de usted
seguro mi porvenir.
Pues bien, ya desde hoy no admito
dilacion; derechos tengo,
y esa mano á pedir vengo.

VIZCOND. ¡Esto mas!

D. CARL. La necesito.

VIZCOND. *(Con risa forzada.)*
Loco está usted, rematado.

D. CARL. Todo á descubrirlo voy.
No estoy loco, lo que estoy,
Vizcondesa, es arruinado.
Esta existencia que alcanza
el que nació en noble cuna,
se ha tragado mi fortuna,
ya no me queda esperanza.
Vida de continuo azar
que acaso despues se llora,
pero á la cual por ahora
yo no puedo renunciar.
No es la pobreza un baldon
y me asusta su presencia,
la peste de la opulencia
me ha viciado el corazon.

VIZCOND. ¡Oh! ya comprendo el arcano:
como náufrago en la mar
al leño que vé flotar,
se acoge usted á mi mano.
Pues, no es muy fácil la empresa.

D. Carl. Ni aun lo imposible me espanta
¡Con el agua á la garganta
qué no haré yo, Vizcondesa!
Vizcond. ¡Hay mas singular capricho!
Creí á usted menos violento.
D. Carl. No me importa.
Vizcond. *(Con viveza.)*
Pasos siento.
¡Silencio!
D. Carl. Lo dicho, dicho.

ESCENA X.

Don Cárlos.—La Vizcondesa.—Don Diego.—Maria *por la puerta del jardin. Don Cárlos queda retirado hácia la izquierda.*

Vizcond. ¿Tan pronto de vuelta?
Maria. Sí.
Vizcond. ¿Y aquel ligero accidente?
D. Die. Lo disipó el fresco ambiente
del jardin.
Vizcond. Mas vale así.
Con este recien llegado
(Señalando á don Cárlos.)
yo en tanto aquí departia.
D. Carl. *(Acercándose.)*
Verdad es...
(Se detiene palideciendo.)
Maria. *(Reconociéndole.)*
¡Cielos!
(Se desmaya,)
D. Die. *(Sosteniéndola.)*
¡María!
D. Carl. *(Aparte.)*
¡Ella es!
Vizcond. ¡Se ha desmayado!
(Tirando del cordon de una campanilla.)
¡Socorro.

D. Carl. *(Aparte.)*
¡Encuentro cruel!
Vizcond. *(A la puerta de su habitacion.)*
¡Luisa!
D. Carl. *(Aparte.)*
Huyamos de aquí presto.
Vizcond. *(Mirando á don Cárlos y á María.)*
(Aparte.)
¡Qué sospecha!
D. Die. *(Aparte.)*
¡Oh Dios! ¡Qué es esto!
Vizcond. *(Aparte.)*
¿Será ella?
D. Die. *(Con la vista fija en don Cárlos que se aleja por el fondo.)*
¡Será él!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin: casa en el fondo con una puerta y dos ventanas por las cuales se ve un salon iluminado. En el primer término de la derecha un cenador con dos asientos.

ESCENA PRIMERA.

LA VIZCONDESA.—DON DIEGO: *salen por la puerta del foro.*

VIZCOND. Aquí estaremos mejor,
ese bullicio me cansa.
D. DIE. ¿Es posible, Vizcondesa?
VIZCOND. No estoy de humor.
D. DIE. Yo pensaba
que era usted á los placeres
de la danza aficionada.
Apenas en el salon
fijó usted la airosa planta,
¿y ya le abandona así?
VIZCOND. No lo estrañe usted.
D. DIE. Me estraña
que huya usted la compañía
de la juventud dorada,
por hallarse en este sitio

en plática solitaria
con un viejo...

VIZCOND. A quien tal vez
mi escesiva confianza
molestará...

D. DIE. No por cierto.

VIZCOND. Mis privilegios de dama
me disculpen... allí dentro,
hace un calor que anonada...
la noche está deliciosa...
Además si he de ser franca,
las frívolas pequeñeees
de la sociedad, me enfadan;
prefiero la soledad,
el retiro...

D. DIE. (¡Qué mudanza!)
En efecto; hace ya dias
que se echa de ver su falta
en todas las sociedades
que antes usted animaba
con su presencia: murmuran
que la puerta de su estancia
se ha cerrado á todo el mundo...

VIZCOND. Es cierto; yo deseara
hacer alguna escepcion,
mas tengo que ser esclava
del *qué dirán*. En los baños
la mas leve circunstancia
se critica, usted lo sabe:
personas hay cuya grata
compañía anhelo siempre
y que estimo con el alma,
mas de verlas me he privado.
Eduardo entre otras... Me holgara
que desaire no juzgase
mi negativa.

D. DIE. Ignoraba
todo eso; no me ha dicho...

VIZCOND. ¡Cómo!

D. DIE. Una sola palabra.

VIZCOND. Aproposito; me han dado
la nueva de que mañana
debe partir.

D. Die. Es muy cierto.
Vizcond. (No me engañaron.)
D. Die. Estaba
el tiempo de su licencia
ya pasado; á Cádiz marcha
en donde se hará á la vela
para América.
Vizcond. ¡Tan larga
travesía va á emprender!
D. Die. Así el deber se lo manda.
Vizcond. Sentirá mucho alejarse
de las personas que ama.
D. Die. *(Con intencion.)*
Eduardo, señora, es hombre;
pudo un momento estraviada
su razon, rendirse al yugo
de una belleza... sin alma;
mas hoy que ya la conoce
y la obligacion le llama,
sin volver atrás la vista
partirá, y esto me basta.
(¡Se ha turbado!)
Vizcond. (¡Oh! ¡Qué leccion!)
Mucho de verle me holgára
antes de partir. (Es fuerza
que yo le hable.)
D. Die. Con su hermana
adoptiva se halla ahora:
los dos me han dado palabra
de venir á presenciar
el baile.
Vizcond. (¡Respiro!) Tardan
ya mucho.
D. Die. Tal vez no pueda
triunfar de la repugnancia
de María.
Vizcond. ¡Pobre amiga!
¿No han logrado mejorarla
los baños?
D. Die. Sí; de salud
se encuentra muy aliviada.
mas sigue con su tristeza
que nada á calmar alcanza.

(Salen del salon del baile algunas parejas que se esparcen por ambos lados del jardin.)
Mas, gente sale.

VIZCOND. A gozar
de las brisas perfumadas
del jardin: se habrá acabado
ya el rigodon.

D. DIE. *(Mirando el cielo.)*
¡Estremada
noche!

VIZCOND. ¡Divina! Con gusto
me estuviera aquí hasta el alba.

ESCENA II.

Dichos.—DON CÁRLOS.—DON LUIS, *por el fondo.*

D. CARL. (*A don Luis.*)
Allí está la Vizcondesa.
(Esta noche, ¡vive el cielo!
que me ha de oir.)

D. LUIS. Vamos, pues,
á saludarla.

D. CARL. Lleguemos.
(*Se acercan ambos á la Vizcondesa y saludan.*)
Señora...

VIZCOND. (*Con disgusto.*)
(¡Ya dió conmigo!)

D. LUIS. Vizcondesa...

VIZCOND. Caballeros...
(*Reconociendo á don Luis.*)
¡Calle! don Luis...

D. CARL. Que á los baños
llegó esta tarde, y sabiendo
que usted los embellecia
con su presencia, un momento
respirar no me ha dejado
hasta ahora, que ponerlo
consigo, al fin, á esos piés.
(¡Oh! ¡Cómo me mira el viejo!
¿Si sospechará?)

D. Luis. Es verdad.
Vizcond. Usted me honra con estremo;
siempre en hallar á un amigo
un grande placer encuentro.
D. Luis. Por cierto que no he querido,
Vizcondesa, prestar crédito
á los rumores que corren
acerca de usted.
Vizcond. ¿Qué es ello?...
Pero no... ya lo adivino.
Será que ver no me dejo;
que no recibo, que ha dias
que es un cláustro mi aposento
en donde nadie penetra:
¿he acertado?
D. Luis. Con efecto.
¿Y le parece á usted poco?
Robar al escaso pueblo
que vegeta en estos baños
el sol de la córte, huyendo
su mas bello ornato; es cosa
que á tolerar en silencio
no me resigno... ¿Qué causa?...
Vizcond. Mas...
D. Carl. No seas indiscreto,
querido Luis.
D. Luis. Ya se vé;
como tú estarás exento
de la regla general.
Vizcond. Pues se engaña usted en eso.
D. Luis. Pues qué... ¿la prohibicion...
D. Carl. Me coge de medio á medio.
La Vizcondesa conmigo
procede sin cumplimientos.
Vizcond. No debe usted estrañarlo,
pues las mujeres tenemos
ciertas épocas de esplin...
D. Luis. Mal inglés, que yo aborrezco.
Vizcondesa, ¡á combatirlo!
¡El baile es un gran remedio!
Amigo y recien llegado,
la dicha obtener pretendo
de que usted al primer wals

me acepte su caballero.
VIZCOND. Don Luis...
D. LUIS. Juzgaré desaire
su negativa.
VIZCOND. Pues cedo
porque tal no se presuma...
Pero no para el primero...
antes quisiera...
D. LUIS. El segundo
yo con gratitud acepto.
D. DIE. *(Que durante esta escena no ha cesado de contemplar á don Cárlos.)*
(¿Cómo aclarar mis sospechas!
¿Será el que á la vista tengo
el autor de mi deshonra?)
D. CARL. *(A don Luis.)*
Eres dichoso en estremo.
VIZCOND. Deseo dar una vuelta
por el jardin.
D. CARL. *(Ofreciéndola el brazo.)*
Yo me ofrezco...
VIZCOND. Gracias, don Cárlos; su apoyo
(Señalando á don Diego.)
me dará este caballero.
(A don Diego en voz baja.)
Es el último favor.
D. CARL. *(Aparte á la Vizcondesa.)*
Esto es ya mi sufrimiento
poner á prueba, señora.
VIZCOND. *(Aparte á don Cárlos.)*
¡Que nos observan!
D. CARL. *(Id. á la Vizcondesa.)*
Resuelto
estoy á todo. Es preciso
que yo la hable á usted.
VIZCOND. *(Id. á don Cárlos.)*
Bien... luego...
mas...
D. CARL. *(Id. á la Vizcondesa.)*
Dentro de media hora
en este sitio la espero.—
(Alto.)
Dice usted bien, Vizcondesa,

con un cielo tan sereno
y una brisa tan templada,
nada hay mejor que un paseo
entre las flores.

D. Luis. Sin duda.

D. Carl. Nosotros á pesar de eso
como somos pura prosa,
volver al baile tenemos
por mejor.

D. Luis. Es mi opinion.

Vizcond. *(Tomando el brazo de don Diego.)*
¿Vamos pues, señor don Diego?

D. Die. (¡Oh! ¿Qué farsa será esta?)
Bien.

Vizcond. Señores; hasta luego.
(Vánse por la izquierda.)

ESCENA III.

Don Cárlos.—Don Luis.

D. Luis. ¡Qué cambio! por vida mia
que ni una palabra entiendo
de cuanto pasa. ¿Qué dices?

D. Carl. ¿Tú no te esperabas eso?

D. Luis. Parece una gazmoñita
que ha salido del colegio
hace un mes. ¡Metamórfosis
femenil, que no comprendo!
Pero tú debes tener
la llave de este misterio.

D. Carl. Quizás.

D. Luis. ¡Hola! ¿Reticencias
conmigo? No lo consiento.

D. Carl. Nada sé de positivo.

D. Luis. Tú eras su amante perpétuo.
Tal cual capricho solia,
mas liviano y pasagero,
distraerla un mes ó dos;
mas siempre quedabas dueño

del campo. ¿Hay algun rival
nuevecito?

D. Carl. No tan nuevo.

D. Luis. Deja pasar el chubasco
y cual otras veces, presto
volverá al redil la oveja
descarriada. ¿Y el mancebo
es temible?

D. Carl. Segun nuestra
teoría, no por cierto.
Está enamorado.

D. Luis. Entonces...

D. Carl. Mas lo estraño del suceso,
lo raro es, que ella tambien
lo está.

D. Luis. ¡Diablo! ¡Eso es muy sério!
Tú no eres hombre que ves
visiones; creerte debo.
Con todo...

D. Carl. No tengo duda.

D. Luis. ¡Oh frágil y débil sexo!
El que se atreva á decir
que te conoce, es un necio.
Y bien, ¿qué piensas hacer?
¿abandonar el terreno
á ese rival?

D. Carl. ¿Que tal digas
conociéndome? Hay un duelo
á muerte entre esa mujer
y yo: tres años ya llevo
hecho el imán de sus ojos...

D. Luis. Y de sus ocho mil pesos
de renta...

D. Carl. Tienes razon:
por ella me hallo al estremo
de un abismo; mi fortuna
se ha agotado con esceso.

D. Luis. Pero tienes un hermano
rico... allá lejos; muy lejos

D. Carl. Sí; en Buenos Aires...

D. Luis. El puede...

D. Carl. Se ha dedicado al comercio
y ya tiene el corazon

como su caja; de hierro.
Oro le pido en mis cartas,
y él solo manda consejos.

D. Luis. Con ellos no pagarás
tus deudas.

D. Carl. Siempre el eterno
refran de «vente á mi lado;
ten valor, sigue mi ejemplo.
Te asociaré á mis empresas...
El trabajo es el remedio
único que ya te resta...»
¡El trabajo! no; no es tiempo.
Tengo treinta años; gastaron
mi juventud los escesos
de una opulencia inactiva.
Jamás, Luis... antes prefiero...
Ya no me queda otro arbitrio
que elegir entre dos medios...
La mano de esa mujer
que así olvida sus empeños...
ó el cañon de una pistola...

D. Luis. ¿Ahora salimos con eso?
Ya no está en moda el suicidio.
Tras de saltarte los sesos
¿quieres que de tí se ria
todo el mundo? Ven adentro.
La soledad del jardin
despierta en tí los recuerdos
de la antigua escuela. Vamos.

D. Carl. A la Vizcondesa espero
en este sitio.

D. Luis. No importa,
volverás.

D. Carl. Ya te obedezco.

D. Luis. Ven á bailar y á beber;
para lo demas hay tiempo.
(Se entran en el salon del baile.)

ESCENA IV.

EDUARDO.—MARIA.—*(Por la derecha.)*

EDUAR. *(Señalando el salon del foro.)*
Este es el sitio. ¿Entramos?
MARIA. Un instante.
Siento dejar la soledad umbría
de este lugar; aguarda, aquí respiro
con libertad.
EDUAR. ¡María!
MARIA. Pronto, Eduardo, entraremos ¿lo deseas?
EDUAR. No lo sé fijamente:
mil contrarias ideas
siento cruzar por mi abrasada frente.
Allí estará la pérfida, no quiero
verla mas: bien has dicho, de mi alma
su memoria falaz lanzar espero.
MARIA. Pobre Eduardo! padeces, ten mas calma.
EDUAR. Sin verla partiré, ¿qué me aconsejas?
Pero ya me lo has dicho, sí, perdona:
no quiero que al arrullo de mis quejas
ciña su vanidad nueva corona.
Llamé á su puerta en vano,
mis cartas rechazó con mano dura.
¿Comprendes tú su proceder liviano?
Sí; partiré sin ver á la perjura.
MARIA. Eduardo, no lo harás.
EDUAR. ¿Dudarlo puedes?
MARIA. En su valor tus ímpetus aprecio...
seguirás el impulso que te guia
y tratarás de verla.
EDUAR. Sí, María;
para lanzarla al rostro mi desprecio.
Para que escuche de mi lengua inquieta
cómo á estrellarse vino,
su frívolo artificio de coqueta,
en el pecho indomable de un marino.
Tienes razon; de verla estoy ansioso:

en el baile estará, tal vez con ella
se encuentre mi rival.

MARIA. ¡Tambien celoso!
¿Y ese rival quién es?

EDUAR. ¿No te lo he dicho?
Un don Cárlos de Osorio... Mas ¿qué tienes?
Tu rostro palidece...

MARIA. (¡Cielo santo!)

EDUAR. ¡Tan súbito quebranto!
Ese nombre quizás...

MARIA. *(Con forzada indiferencia.)*
¿Cuál? no recuerdo...

EDUAR. Don Carlos...

MARIA. Sí... de Osorio... ya te escucho.
Perdona, al punto la memoria pierdo.

EDUAR. Te has turbado al oir...

MARIA. ¿Yo? ¡Qué locura!
de tu candor me rio:
fué una ilusion... prosigue, hermano mio.
Ese don Cárlos...

EDUAR. A turbar mi dicha
de la córte llegó, como mi sombra
por todas partes sin cesar le encuentro.

MARIA. *(Con ansiedad.)*
Pero... ¿es amado... dí?

EDUAR. ¡Si tal supiera!
Otro tiempo le amó.

MARIA. ¿Quién te lo ha dicho?

EDUAR. La fama lo publica.

MARIA. Mas pudiera...
algun leve capricho
haber sido no mas.

EDUAR. ¡Ilusion vana!
Dos, tres años duró su lazo amante
que roto fué con mi presencia.

MARIA. (¡Ay triste!)
¿Que se amaron digiste?

EDUAR. Bien de su larga intimidad se infiere.

MARIA. (¡Ultimo resto de esperanza, muere!)

EDUAR. ¡Allí estarán los dos!

MARIA. *(Con creciente exaltacion.)*
Eduardo, escucha.
Parte sin verla; el mar entre sus olas

olvido te dará y arrullo grato:
exhala allí tus quejas,
el proceloso mar no es mas ingrato
que la ruin sociedad de que te alejas.
Al menos él, cuando la voz sonora
del Criador la tempestad conjura,
su víctima devora,
pero antes no la entrega á la tortura.
Vive en el mar y allí serás dichoso,
y si el destino en perseguirte fiero
vuelve á echarte del mundo entre los brazos,
tu corazon guarnezca duro acero
si no quieres sentirlo hecho pedazos,
ó verle escarnecido
por venenosas víboras mordido!

EDUAR. ¿Sin verla dices? no, ¿por qué mi pecho
dotar Dios no ha querido
del sublime valor que el tuyo encierra?
Tú, al menos puedes, en tan duro estrecho,
luchar con el dolor.

MARIA. ¡Lucha terrible!
Tú no sabes, Eduardo, todavia
cuan desdichada es la existencia mia!
Si á lo menos pudiese como ahora
mis quejas exhalar ¡cuán aliviada
sintiera el alma que el pesar devora!
Mas frente á mí, solícito y ufano
mi padre siempre está, su voz me alienta:
¿pudiera yo sin parecer impia,
aumentar el dolor del noble anciano,
y añadir á su afrenta
la copia de mis lágrimas tardia?
No, Eduardo, no; por eso eternamente
fingir es mi destino:
convertir en sonrisas los sollozos
que dejar quieren el recinto estrecho
de mi oprimido seno palpitante,
la calma en el semblante
y horrenda tempestad dentro del pecho.
Si al menos este afan tener pudiera
un término feliz y venturoso
que la muerte no fuera;
mas ya mi vista á distinguir no alcanza

el fanal de los tristes; ¡la esperanza!

EDUAR. Calla: tu acento el corazon me hiela,
¿por qué el infame nombre
del seductor tu lábio no revela?
Al menos en su sangre aborrecida
saciar pudiera mi rencor insano.

MARIA. Y su sangre vertida
¿la paz del alma me volviera, hermano?

EDUAR. ¿Y por qué así toda esperanza alejas?
A reparar tu honor yo le obligára.

MARIA. ¡La violencia! jamás. Ni aun con mis quejas
á turbar me atreví su torpe oido:
él sabe mi desgracia, él me conoce:
cuando á pagar su deuda no ha venido
cumplido el triste plazo,
es indigno de mí; yo le rechazo.
Que el mundo me desprecie, no me importa;
fuí débil, soy mujer: aun está abierta
de mi deshonra la sangrienta herida...
mas forzarle... ¡oh vergüenza! si me hallára
á tamaña ignominia reducida,
yo á mí misma tal vez me despreciara.

EDUAR. ¡Cuan mísero y pequeño
á tu vista me siento!

MARIA. El labio sella.

EDUAR. ¡Bella y grande á la vez! porque la ingrata
que á amar me condenó mi dura estrella
no se parece á tí! Pero me mata
la incertidumbre: vamos; verla quiero
por la postrera vez.

MARIA. Estoy rendida!
Déjame descansar...
(Se sienta en uno de los asientos del cenador.)
Aquí te espero...
Mas que el baile, este sitio me convida.

EDUAR. A tu gusto me allano.
Hasta luego, Maria.

MARIA. Adios, hermano!
(Entra Eduardo en el baile.)

ESCENA V.

MARIA.

Sola por fin me hallo aquí,
y en trance tan miserable
puedo medir lo insondable
del abismo en que me hundí.
De la dicha, aunque remoto,
distinguir creí el sendero;
pero ya el hilo postrero
de mi esperanza, se ha roto.
¡Cobarde, negra traicion!
¡Y aun al vil que me engañaba
casto asilo reservaba
mi rebelde corazon!
¡Y aun por él latir querrá
dentro del pecho! ¿qué digo?
antes perezca conmigo...
ya en él vivir no podrá!
Fué de un amor cortesano
simple episodio su amor!
¡Con que jugó con mi amor
y mi cariño el villano!
¡Y por él perdí la calma,
y sufrí sustos y enojos!
¡No me dijeron sus ojos
lo bastardo de su alma!
Tu justicia, ¡oh Dios! respeto,
yo mi ceguedad maldigo;
bien terrible es tu castigo
mas le merezco completo.

ESCENA VI.

MARIA.—DON CARLOS.—*(Sale del baile.)*

D. CARL. (*Desde el fondo y viendo á Maria por la espalda.*)
(¡Allí está!)
MARIA. ¡Quién tal diria!

D. Carl. (Me teme aun: con mi empresa
puedo salir.)
(Bajando la escena.)
Vizcondesa.
Maria. *(Volviendo la cabeza.)*
Quien...
(Reconociendo á don Cárlos y levantándose.
¡Gran Dios!
D. Carl. *(Aterrado.)*
¡Cielos! ¡María!
(Momento de pausa.)
(Turbado.)
Perdóneme usted... creí...
yo, á la verdad, no esperaba...
á otra persona... buscaba...
Maria. *(Con sequedad.)*
Ya ve usted que no está aquí.
D. Carl. Sí... quizá vendrá mas tarde...
la escasa luz... el color...
me indujeron en error...
A los piés de usted...
(Se va lentamente.)
Maria. (¡Cobarde!)
D. Carl. *(Deteniéndose y aparte.)*
(No debo marcharme así...)
Maria. (El verdugo palidece
ante la víctima.)
D. Carl. (Crece
mi turbacion ¡pésie á mí!)
(Acercándose.)
Señora...
Maria. *(Con altivez.)*
Y bien...
D. Carl. (¡Torpe engaño!)
Es en mí casi un deber...
Usted debe comprender
de mi posicion lo estraño...
Confuso ante usted me quedo...
tengo de qué avergonzarme...
yo quisiera disculparme,
y disculparme no puedo.
De aquí en silencio partir
mi falta agravar seria...

y si me quedo, María...
nada encuentro que decir.
Y así en tales confusiones
no sé qué medio adoptar...

MARIA. Caballero, el de marchar
sin proferir mas razones.
Pues su pecho al mal se aviene,
ser para el mal decidido,
que yo disculpas no pido
á quien disculpas no tiene.

D. CARL. Bien merezco, vive Dios,
tan cruel severidad;
la estraña fatalidad
que nos separa á los dos
cien veces he maldecido;
nuestra desgracia es comun,
que mi pecho no está aun
señora, tan corrompido!

MARIA. *(Con amargura.)*
Pecho hidalgo ciertamente,
el del hombre sin entrañas,
que usando traidoras mañas,
que fingiendo amor ardiente
cifró todo su interés
en destruir la ventura
de una pobre criatura,
y la abandonó despues!
Ella inocente y sin guia,
flor que á brotar empezaba
y que del mundo ignoraba
la seductora falsía,
por él con loca pasion
su fama olvidó y su nombre:
¡Era tan diestro aquel hombre!
tan jóven mi corazon!
¡Y aun osará pretender
que se le apellide noble
el que usó traza tan doble
con una débil mujer!
¡Es bien que tal nombre cuadre
al que burló la agonía
de esa infeliz, cuando un dia
le gritó: «ven, ya soy madre.»

Al que en un año prolijo
su corazon marchitado
la idea no le ha inspirado
de preguntar por su hijo!

D. CARL. Perdona; fuí criminal!
¿Qué es de él?

MARIA. Murió el inocente!
No ha refrescado su frente
nunca el beso paternal.
Si él existiera, valor
aun me quedára tal vez
para postrar mi altivez
á las plantas del traidor
que en la horfandad le dejaba
sin tenderle amigo brazo;
pero roto ya ese lazo
todo entre los dos acaba.

D. CARL. No, cesa, desde hoy comienzo...
Pero ¿qué digo? ¡ay de mí!
yo soy indigno de tí,
lo conozco y me avergüenzo.
Aunque obedeciera al grito
de mi conciencia turbada,
¿qué puedo ofrecerte? nada:
un sentimiento marchito:
una alma que ya el embate
de la pasion no estimula:
una mente que calcula
y un corazon que no late.
Tu mano es una merced
que un Monarca envidiaria:
tú eres un ángel, María...

MARIA. Caido, gracias á usted.
Oh, basta ya! de mi vida
dispone un hado fatal.
¿A qué, si al fin es mortal,
mover el hierro en la herida?
Aun guardo un resto de fé;
no me haga usted ver palpable
la condicion miserable
del hombre á quien tanto amé.
Todo acabó; nada espero;
para siempre hoy concluyamos:

los dos la vida cruzamos
por bien distinto sendero.
Démonos sin vacilar
nuestra eterna despedida,
y quiera Dios que en la vida
nos volvamos á encontrar.

D. Carl. Del alma el rencor aleja.

Maria. Aun siento vivo el agravio,
mas no exhalará mi labio
ni un reproche, ni una queja.

D. Carl. Yo quisiera...

Maria. Esto ha de ser.

D. Carl. Escúchame.

Maria. ¡Todavia!

D. Carl. Enmudezco. Adios, María.
(¡Ah! ¿por qué la he vuelto á ver?)
(Se aleja por el fondo.)

ESCENA VII.

María.—La Vizcondesa.—Don Diego, *que llegan por la izquierda. Don Diego, al salir, vé á don Cárlos por la espalda al entrar aquel en el baile.*

Vizcond. *(Señalando á María.)*
Aquí está.

D. Die. Por fin te hallamos.
¿Mas cómo tan sola?

Maria. Dentro
se halla Eduardo.

D. Die. (El que yo he visto
salir en este momento,
no era él.)

Vizcond. (Ni aun me ha mirado.
¿Sabrá?... Imposible.)

D. Die. (Probemos.)
¿Quién estaba aquí contigo?

Maria. (*Turbada.*)
¿Conmigo?... ah... si... un caballero...
qué allá... en Búrgos conocí.
Don Cárlos de Osorio...

D. Die. (¡Cielos!)
Vizcond. (Se han visto.)
D. Die. ¿Qué tal te encuentras?
(Tomandola ambas manos y examinando su rostro.)
Maria. Bien.
D. Die. ¿De veras?
Maria. Si por cierto...
D. Die. (Está agitada; su mano
temblar en la mia siento.
¡Él es! ¡Ya no tengo duda!)
¿La persona con quien vengo
no has visto aun?
Maria. *(Dando la mano á la Vizcondesa.)*
¡Ah! perdona...
Vizcond. Querida mia, al fin tengo
la fortuna de encontrarte...
(La besa.)
Maria. (¡Oh! ¡me ha hecho daño este beso!)
Vizcond. (Sin duda lo sabe todo.
Esa frialdad...)
D. Die. Ya es tiempo
de retirarnos.
Vizcond. ¿Tan pronto?
D. Die. Si tal, el menor esceso
puede alterar su salud.
Vizcond. En ese caso lo apruebo,
pues para mí es tan preciosa,
que no seré por completo
feliz, hasta que brillar
vea en su rostro el contento.
Maria. Gracias, Enriqueta. Adios.
(¡Este es el mundo!)
D. Die. Marchemos.
(Volveré.)
(Vase por la derecha.)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA.

Todo lo sabe.
Su corazon inesperto
aun por dicha suya ignora
las artes del fingimiento.
Pero ¿y Eduardo? Si acaso
le habrá Cárlos descubierto...
No puede ser... de otro modo,
le he perdido sin remedio.
¡Él tan noble! tan amante
de los rígidos preceptos
del honor, si á ver llegase
esas cartas que los celos
y la vanidad dictaron
á mi pluma en un momento
de estravio... Pero Osorio
solo en el último estremo
de ese recurso bastardo
echará mano... Le creo
capaz de todo; por él
las puertas de mi aposento
he cerrado al mismo Eduardo,
á ese jóven por quien siento
un amor del cual yo misma
juzgaba incapaz mi pecho.
Y va á partir... No adivino
cómo ya no me ha devuelto
mi retrato: es que sin duda
tiene esperanzas... Si puedo
verle esta noche, tal vez
suspenda el viaje... mas temo
que nuestro perseguidor
nos observe y trate luego
de vengarse... Alguien se acerca...
¡Él es! No perdamos tiempo.

ESCENA IX.

La Vizcondesa.—Eduardo, *que sale del baile.*

Vizcond. ¿Eduardo?
Eduar. *(Saludando friamente.)*
Señora...
Vizcond. Al fin
logro ver á usted; ¿es cierto
que se aleja usted mañana
de estos sitios?
Eduar. En efecto.
Apenas despunte el alba
parto, señora, y muy lejos.
Vizcond. Es muy triste, á la verdad,
para mí que este suceso
solo el público rumor
haya en mi noticia puesto.
Yo creia que los lazos
de amistad y parentesco
que nos unen, y no invoco
otros quizás mas estrechos...
Eduar. Y hace usted bien, Vizcondesa,
porque decidir yo puedo
cuál de los dos fué en romper
esos lazos el primero.
Vizcond. ¡Eduardo!
Eduar. ¿Pero á qué fin
reproches fuera de tiempo?
Ya que la casualidad
me ha deparado este encuentro,
aprovecho la ocasion
de darla mi adios postrero.
Vizcond. *(Aparte.)*
(¡Qué frialdad!)—¿Es posible,
que los dos nos separemos
de este modo? ¡Qué! tan pronto
olvida usted...
Eduar. *(Exaltado.)*
¡Vive el cielo

Señora, que una y mil veces
prefiriera al sentimiento
falso que usted manifiesta,
el mas frívolo y ligero
cumplido, pues viera en él
la sinceridad al menos!

VIZCOND. ¡Tal agravio! Eso merece
quien cual yo en este momento
lejos de mostrarse altiva,
reprocha...

EDUAR. ¿Y con qué derecho?

VIZCOND. ¡Ese tono! ¿olvida usted?...

EDUAR. Vizcondesa, es que hay momentos
en que prescindirse debe
de vanas formas, y entero
el corazon revelarse.
Es que ansiaba ya el silencio
romper mi labio y dar rienda
al justo resentimiento
que me tiene hace ocho dias
de pena y cólera ciego.
Y es en fin, que tolerar
á sangre fria no puedo
el que siendo yo el herido
la venda usted se haya puesto.

VIZCOND. Eduardo, tus arrebatos
perdono, pues hijos fueron
del amor: las apariencias
me condenan, lo confieso:
recibirte no he querido;
tus billetes he devuelto;
mas pronto de mi conducta
te revelaré el misterio.
Confia; mi corazon
no ha cesado ni un momento
de ser tuyo, te lo juro.
Suspende, yo te lo ruego,
esa funesta partida,
y en mi fé descansa.
(Al acabar de pronunciar estas palabras vé á don Cárlos que se ha detenido cerca de la puerta del fondo examinando á los personajes de la escena.)

(¡Cielos!)

EDUAR. Siga usted...

VIZCOND. *(Mudando de tono y con afectada ligereza.)*
¿Con que tan pronto
es la marcha? Yo lo siento
tanto mas, cuanto que va
quedándose en esqueleto
el círculo, ya harto escaso,
de mis amigos.

EDUAR. *(Con estrañeza.)*
Qué es esto,
Vizcondesa!...

VIZCOND. *(Interrumpiendo.)*
Cuando usted
figuraba en los proyectos
que yo imaginado habia
para entretener el tiempo
de nuestra estancia en los baños.
Don Cárlos?

EDUAR. *(Viendo á don Cárlos.)*
(¡Ah! ya comprendo!
Oh rabia!)

ESCENA X.

LA VIZCONDESA.—EDUARDO.—DON CARLOS.

D. CARL. *(Acercándose.)*
Señora...

VIZCOND. Usted
llega á propósito: cuento
con su ayuda.

D. CARL. ¿Y á qué fin?...

VIZCOND. Nos deja Eduardo, y pretendo
obligarle á que dilate
su partida...

EDUAR. Vano empeño,
Vizcondesa; mas que nunca
á partir estoy resuelto:
vacilaba antes... y ahora
solo abrigo el sentimiento

de no poder encontrarme
de estos lugares muy lejos.
Porque...

VIZCOND. (Temo una imprudencia.)
(Con viveza.)
Basta ya; pues harto veo
que es decision invariable.

D. CARL. Tal vez este caballero
tenga motivos...

EDUAR. *(Con altivez.)*
Que á nadie
le interesa conocerlos.

D. CARL. Si viene á mí la leccion
inoportuna la encuentro,
pues no acostumbro á mezclarme
en los asuntos agenos.
Y el que tal diga...

VIZCOND. Señores,
que no se hable mas les ruego
de este asunto. (Estoy inquieta!)

ESCENA XI.

Dichos.—DON LUIS.—*(Por el foro.)*

D. LUIS. ¿Vizcondesa?

VIZCOND. (Llega á tiempo
don Luis.)

D. LUIS. Por fin hallo á usted.
El wals comienza, y yo vengo
la palabra á reclamar...

VIZCOND. Nunca á las que doy me niego.
(Saludando.)
Señores...

D. LUIS. ¿Te quedas, Cárlos?

D. CARL. No, ya te sigo.
(Don Luis dá el brazo á la Vizcondesa y se dirige con ella al baile. Don Cárlos vá á seguirles; pero Eduardo le toca ligeramente en la espalda.)

EDUAR. Un momento.

ESCENA XII.

DON CÁRLOS.—EDUARDO.—*Luego* DON DIEGO.

D. CARL. *(Volviéndose.)*
¿Es á mí?
EDUAR. A usted me dirijo.
Tenemos los dos que hablar.
No necesito esplicar
la causa.
D. CARL. Fuera prolijo.
Mas precisa ocupacion
ahora en el salon me espera:
si usted aguardar quisiera
del baile á la conclusion...
EDUAR. Debo partir brevemente.
D. CARL. Lo he sabido hace un instante;
mas queda tiempo bastante.
D. DIE. *(Sale por la derecha, y al ver á don Cárlos y á Eduardo, se detiene manteniéndose de modo que no le vean.)*
(¡Qué miro! oigamos.)
EDUAR. Corriente.
A las cuatro habrá cesado
ya la fiesta.
D. CARL. Así lo infiero.
EDUAR. Pues en mi aposento espero
á las cuatro.
D. CARL. ¡Bien pensado!
¿Solo?
EDUAR. Nadie habrá conmigo.
D. CARL. ¿Armas?
EDUAR. Tenemos los dos.
D. CARL. Pues hasta las cuatro.
(Váse por el foro.)
EDUAR. Adios.
(Váse por la izquierda.)
D. DIE. *(Saliendo á la escena.)*
No les faltará un testigo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Eduardo: puerta en el fondo: otra en el primer término de la derecha, que conduce al jardin: en segundo término una ventana con jarrones de flores, que dá al mismo. Mesa y escritorio á la izquierda: sobre ella una caja de pistolas, y una miniatura encerrada en su cajita. Eduardo está en pié, en aptitud de acabar de escribir y con una carta en la mano. Viste el trage de oficial de marina, y Jorge el de soldado.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO.—JORGE.

EDUAR. ¿Está todo prevenido?
¿has cumplido ya mis órdenes?
JORGE. Si señor; mas aun la aurora
no apunta.
EDUAR. Nada te importe.
¿Arreglaste las maletas?
Bien.
(Mirando el reló.)
Las cuatro menos doce.
Ya no tardará don Cárlos.—
En la salida del bosque
con los caballos me esperas.

Al pié del camino. Oye.
Toma esta carta.
(Le dá la que tiene en la mano.)
En tu mente
grava bien mis prevenciones.
Muy pronto darán las cuatro;
vé pues á esperarme donde
te indiqué; mas si á las cinco,
cuidado que el plazo acortes,
no me encuentro ya á tu lado...

JORGE. Entonces, señor...

EDUAR. Entonces
vuelves aquí, y esa carta
entregas sin dilaciones...

JORGE. *(Mirándola.)*
Al señor don Diego...

EDUAR. Justo:
va indicado ya en el sobre.

JORGE. Pero usted irá...

EDUAR. ¡Quién sabe!
Mas para que no equivoques
la hora, toma, ahí tienes
mi reló.
(Se lo da.)
Si por razones
que esplicar no puedo ahora,
pues veloz el tiempo corre,
no tornáramos á vernos,
guarda esa joya en mi nombre.

JORGE. ¡Yo, señor!...

EDUAR. Esa memoria
conserva que galardone
tu lealtad hácia mí.

JORGE. Nada quiero.

EDUAR. No me enojes.
A estar vuelves de servicio:
calla y obedece, Jorge.
(Váse Jorge afligido por el fondo.)

ESCENA II.

EDUARDO.

¡Pobre muchacho! á lo menos
abriga un corazon noble
bajo su ruda corteza!
En los brillantes salones
bajo cutis sonrosados
no los hay, ó son de bronce.
Dispuesto estoy; si la suerte
destina á mi pecho el golpe
mortal, perderé la vida
sin dejar nada que importe
á mi corazon en ella:
si hay algun ser que la llore,
no será la que en flor siega
mis amantes ilusiones:
no consagrará un suspiro
á la memoria del hombre
que la amó... Tú acaso viertas
por mí una lágrima, pobre
María; tú con esa alma
tan valerosa y tan noble!
Ella y don Diego me esperan
tal vez.
(Yendo á la ventana y mirando.)
Ya en el horizonte
se vé despuntar la aurora...
querrán despedirme: anoche
les prometí... Pero antes,
dejemos estos renglones
y este retrato, en poder
de esa ingrata... el tiempo corre...
Por última vez siquiera
sus celestiales facciones
contemplaré...
(Va á abrir la cajita y se detiene.)
Mas, qué digo?

No mas flaquezas...
(Escuchando.)
Aun se oyen
los sonidos apagados
de la orquesta: mi uniforme
me impide entrar en el baile...
Y bien; no hay por qué me importe.
Lo dejaré en su aposento...
(Señalando el fondo.)
Al fin de esos corredores
está. Vamos.
(Al ir á coger su sombrero, suenan dos golpes á la puerta del jardin y se detiene.)
Pero llaman:
esa puerta corresponde
al jardin. ¿Cómo don Cárlos?...
(Deja sobre la mesa el retrato, y abre.)
Abramos sin dilaciones.

ESCENA III.

EDUARDO.—LA VIZCONDESA.—*Todavia con el trage de baile, sobre el cual traerá un abrigo.*

EDUAR. *(Sorprendido.)*
¡Vizcondesa!
VIZCOND. Sí, yo soy.
EDUAR. ¡Aquí á estas horas!
VIZCOND. Estraño
le parece á usted, no es cierto?
Estaba usted aguardando
á otra persona?
EDUAR. Señora...
VIZCOND. A don Cárlos... Sí, á don Cárlos.
Felizmente llego á tiempo;
no trate usted de ocultármelo...
Un duelo... Sí, usted le odia...
EDUAR. Y el temor de que mi brazo
la prive á usted de su amante
la obliga á dar este paso.

¿No es cierto?

VIZCOND. ¡Injusta sospecha!
Ya he dicho que no le amo:
que mi corazon...

EDUAR. Entero
me pertenece.

VIZCOND. Sí, Eduardo.

EDUAR. Eso mismo me decia
usted anoche en un rapto
de amorosa ingenuidad.

VIZCOND. Y lo repito.

EDUAR. Ahora estamos
los dos solos, Vizcondesa.
Mas si se hallara don Cárlos
tras de esa puerta...
(Señalando la del fondo.)

VIZCOND. *(Asustada.)*
¡Es posible!

EDUAR. ¿Lo vé usted? No, no hay cuidado...
Nadie nos oye...

VIZCOND. Pues bien.
¿Sabes por qué atravesando
sola el jardin, con desprecio
de las leyes del recato
me hallo en tu aposento ahora?
Es para decirte, «Eduardo,
vas á partir; pero antes
te probaré que no es falso
mi cariño, ven conmigo:
por mí en secreto avisado
en la cercana capilla
ahora nos está esperando
un sacerdote; ante el ara
dueño serás de mi mano
ya que lo eres de mi vida.»

EDUAR. ¡Cielos! ¿qué dices?

VIZCOND. En tanto
que entregada me creias
á los frívolos encantos
de la fiesta, me ocupaba
yo de la dicha de entrambos.

EDUAR. ¡Es posible!

VIZCOND. Si con esto

dudas de mi amor, ingrato,
ya no me queda esperanza.

EDUAR. No, Enriqueta, tú has triunfado.

VIZCOND. *(Gozosa.)*
(Por fin...)

EDUAR. Mas ¿por qué en secreto
anudar el tierno lazo
que ha de labrar nuestra dicha?
Qué ¿no podemos acaso
hacerlo á la faz del mundo?

VIZCOND. Sin duda; mas yo reclamo
de tu cariño esta prueba...
Confieso que hay un arcano
en mi conducta, mas pronto
le sabrás.

EDUAR. Mi honor acaso...

VIZCOND. *(Ofendida.)*
¡Qué dices!

EDUAR. Perdona; pero
no adivino...

VIZCOND. Será un vano
capricho... mas yo deseo
que le respetes, Eduardo.
Todo lo sabrás despues...
¿Aun dudas? Sígueme.

EDUAR. Vamos.
(Deteniéndose.)
(Pero olvidaba...)

VIZCOND. ¿Por qué
te detienes?

EDUAR. *(Mirando un reló que habrá á la izquierda.)*
(Ya ha pasado
la hora!)

VIZCOND. No hay que perder
un momento...

EDUAR. (¿Cómo salgo
de este apuro?)
(Llaman á la puerta del fondo.)

VIZCOND. ¡Cielos! llaman
á esa puerta.

EDUAR. Sí.
(Todo el resto de esta escena será dicho en voz baja y rápidamente.)

VIZCOND. ¡Es don Cárlos!
¡ven sin demora!
EDUAR. Imposible:
yo mismo aquí le he citado:
sal, muy pronto en la capilla
me tendrás; mas por Dios santo
que no te vea.
VIZCOND. Prométeme
que no se llevará á cabo
ese duelo.
EDUAR. Nada temas:
ya no le aborrezco.
D. CARL. *(Desde afuera.)*
Eduardo,
abra usted.
EDUAR. *(En voz alta.)*
Al punto voy.
VIZCOND. Sobre lo demas te encargo
el mayor secreto.
EDUAR. Bien;
mas sospechar no le hagamos.
VIZCOND. Y no olvides que te espero.
¿Vendrás?
EDUAR. ¡Qué! ¿puedes dudarlo?
VIZCOND. Adios.
EDUAR. Adios.
(Aparte.)
Ya era tiempo.
(Despues que sale la Vizcondesa, Eduardo va á abrir la puerta del fondo.)

ESCENA IV.

EDUARDO.—DON CÁRLOS.

D. CARL. *(Entrando y examinando la escena.)*
(No hay nadie.)
EDUAR. Estaba aguardando.
D. CARL. Dispénseme usted que acuda
un poco tarde.

EDUAR. No hay tal.
D. CARL. Siento no ser mas puntual.
(Era una mujer, no hay duda.)
EDUAR. El tiempo se precipita...
D. CARL. Mas yo debo disculparme.
Ahora ¿quiere usté esplicarme
el objeto de esta cita?
El momento es oportuno.
EDUAR. Usted me dispensará,
pero es el caso que ya
no tiene objeto ninguno.
Dí crédito á una quimera
y ya estoy desengañado.
Siento haber á usted causado
esta molestia.
D. CARL. (¡Era ella!
¿Y he de consentirlo yo?...)
EDUAR. (*Examinándole con aire receloso.*)
(¿Si habrá llegado á entender?...)
D. CARL. (Por eso del baile ayer
tan temprano se marchó.)
Que usted citado me hubiera
para esto, no creia...
EDUAR. ¿Lo siente usted?
D. CARL. Sí, á fé mia.
EDUAR. En ese caso aun pudiera
arreglarse de otro modo.
D. CARL. De hastío me hallo acosado;
como tenga resultado,
yo á cualquiera me acomodo.
EDUAR. Si ese belicoso alarde
juzga usted que me intimida...
D. CARL. No juzgo tal, por mi vida,
sé que usted no es un cobarde:
mas nuestro contrario humor
bien se esplica á juicio mio,
que á mí me irritó el desvío
si á usted le halagó el amor.
EDUAR. No entiendo.
D. CARL. Pudiera ser:
mas si no he dicho bastante,
añadiré que ha un instante
se hallaba aquí una mujer.

Negarlo es en vano.

EDUAR. Pero...

D. CARL. Su acento no he confundido:
¡ha resonado en mi oido
tantas veces!

EDUAR. *(Con enojo mal reprimido.)*
¡Caballero!...

D. CARL. ¿A qué viene ese furor?

EDUAR. Enriqueta...

D. CARL. Ese es su nombre.
No es usted el primer hombre
que ha merecido su amor.
Todo en el mundo se gasta,
que esas protestas amantes
otros las oyeron antes
y despues de usted...

EDUAR. Ya basta,
porque recelo que en mengua
de esa dama usted vá á hablar
y nadie lo ha de intentar
sin que le arranque la lengua.

D. CARL. *(Con serenidad.)*
Fuera un acto temerario,
mas si es vengarse su anhelo...

EDUAR. Para provocarme á un duelo
no era tanto necesario;
que hace tiempo, vive Dios,
si en mis rencores me fundo,
que sospecho que en el mundo
nos estorbamos los dos.
Quise apelar á la calma,
pero ese torpe lenguaje
ha vuelto todo el coraje
á despertar en mi alma.

D. CARL. Por fin, acordes estamos.

EDUAR. No durará esta armonía.

D. CARL. Asi ver á usted queria.

EDUAR. Pues menos palabras.

D. CARL. Vamos.
¿Armas?

EDUAR. *(Abriendo la caja y sacando las pistolas.)*
Pistolas.

D. CARL. Consiento.

¿Sitio?
EDUAR. El jardin.
D. CARL. Bien está.
¿Solos?
EDUAR. Sí.
D. CARL. Vamos allá.
(Al ir á salir los detiene la voz de don Diego que aparece en la puerta del fondo.
D. DIE. Caballeros, un momento.

ESCENA V.

EDUARDO.—DON CÁRLOS.—DON DIEGO.

D. CARL. *(Sorprendido.)*
¡Don Diego!
EDUAR. (*Idem.*)
(¡Y en qué ocasion!)
D. DIE. A juzgar por las señales
de esa puerta á los umbrales
llego en muy mala sazon.
Y bien, ahora somos tres.
EDUAR. Ibamos... á pasear
por el jardin...
D. DIE. (*Con intencion.*)
Y á tirar...
al blanco... esas armas...
(Señalando las pistolas que lleva Eduardo.)
EDUAR. *(Confundido.)*
Pues...
D. DIE. (*Tomando las pistolas y examinándolas.*)
Seguras son, por mi vida...
finas... cañon bien montado...
Fuí en mi tiempo aficionado,
seré pues de la partida.
EDUAR. ¡Cómo! ¿usted?
D. DIE. ¿Y por qué no?
Aun tengo un pulso escelente.
Tiraremos solamente

(*Señalando á don Cárlos.*)
este caballero y yo.

EDUAR. ¡Qué escucho!

D. CARL. (¡Lo sabe!)

D. DIE. ¿Quién
me lo pudiera estorbar?

EDUAR. Es que íbamos...

D. DIE. A matar
ó á morir: lo sé muy bien.
Pero es fuerza que no ignores
que aunque el señor te ofendió,
tengo á la venganza yo
derechos muy anteriores.

EDUAR. Señor...

D. DIE. En vano te obstinas.

D. CARL. (¡Hay mas contrario destino!)

EDUAR. El se ha puesto en mi camino.

D. DIE. Y el mio sembró de espinas.

EDUAR. Mi amor...

D. DIE. Mi honor es primero
y él lo arrastró por el lodo.
A su fallo me acomodo.
(*A don Cárlos.*)
Elija usted, caballero.

EDUAR. (*Acometido de una idea.*)
(¡Cielos!)

D. CARL. No acierto á fé mia...

EDUAR. (¿Será un recelo ilusorio?)

D. DIE. Señor don Cárlos de Osorio,
soy el padre de María.

D. CARL. (A su vista me acobardo.)

D. DIE. (*A Eduardo.*)
¿Le conoces ya?

EDUAR. (*Señalando á don Cárlos.*)
El señor
es el torpe seductor...

D. CARL. (*Con altivez.*)
¡Caballero!...

D. DIE. El mismo, Eduardo.

EDUAR. Pues bien, yo...

D. DIE. En vano te afanas:
tras de un año bien cumplido,
dí al fin con el atrevido

que ha deshonrado mis canas.
A nadie cedo el derecho
de castigarle ó morir,
pues yo de aquí he de salir
ó vengado ó satisfecho.

EDUAR. Usted es mi padre.

D. DIE. No.

EDUAR. Otro al menos no he alcanzado,
y el que á usted haya ultrajado
á mí tambien me ultrajó.
Jóven soy y tengo brio.

D. DIE. No, Eduardo; no fuera justo.

EDUAR. Es mi brazo mas robusto.

D. DIE. Aun no es tan débil el mio.
Tu lábio en vano me implora:
él probará mis furores...

EDUAR. ¡No, jamás!

D. CARL. Calma, señores;
que hablar me toca á mí ahora.
No para esquivar un duelo
que á mi valor no intimida;
momentos hay en la vida
en que es la muerte un consuelo.
Mas si entre un padre ofendido
y un mancebo temerario
he de elegir adversario,
no es dudoso mi partido.
Con el mancebo á la prueba
de las armas me someto,
que yo las canas respeto.

D. DIE. No el honor del que las lleva.

D. CARL. Yo le ofendí sin razon.
La encantadora belleza
de María, la pureza
de su noble corazon,
no eran dignas en verdad
de un destino tan funesto.

D. DIE. ¿Y halla usted algun pretesto?...

D. CARL. No sé; la fatalidad...
otra mujer...

D. DIE. ¡Torpe alarde!

D. CARL. Hice á su honor esta afrenta.

D. DIE. Si usted repararla intenta,

aun es tiempo...

D. Carl. ¡No; ya es tarde!

D. Die. ¿La razon?

D. Carl. Mejor será
que usted la ignore.

D. Die. Y yo quiero...
mas ya la razon infiero.

Eduar. ¿La conoce usted?

D. Die. Quizá.
No soy rico.

Eduar. ¡Ah! ya adivino...

D. Carl. Y bien, franqueza adelante:
virtud no tengo bastante
para enlazar mi destino
al de María: la suerte
su favor me ha retirado;
mi fortuna ha naufragado,
y yo prefiero la muerte
á la miseria.

D. Die. ¡Oh baldon!
No perdamos mas instantes.
Salgamos.

Eduar. Bien; pero antes
oiga usted con atencion.
Próximo á partir de aquí,
y al ir mi vida á jugar
de un duelo al sangriento azar,
á Jorge un pliego le dí.
En él mi fortuna entera
lego á mi hermana adoptiva,
y ya que muera ó que viva
es mi voluntad postrera.

D. Die. ¡Tal sacrificio! En verdad
que á admitirle me resisto.

Eduar. Para una infeliz conquisto
honor y felicidad.
Soy marino, soy soldado,
nada pierdo en lo que cedo.

D. Die. No, Eduardo; admitir no puedo.

D. Carl. Ni yo. (¡Me siento humillado!)

Eduar. Pues atrás no he de volver.
(A don Cárlos.)
¿Usted no acepta?

D. Carl. Mi honor...
Eduar. Su orgullo será mejor
que usted diga.
D. Carl. (Qué he de hacer...
¡qué corazones! ¿ y debo
yo á la infamia condenarlos?)
Eduar. Por última vez, don Cárlos...
D. Carl. (A resistir no me atrevo.)
Por un mezquino interés...
Eduar. Son preciosos los instantes...
D. Carl. Pues bien, acepto; mas antes...
Maria. (*Desde afuera.*)
¡Eduardo! ¡Eduardo!
Eduar. (*Rápidamente.*)
¡Ella es!
¡Silencio!

ESCENA VI.

Dichos.—Maria, *entra precipitada y con una carta en la mano.*

Maria. ¡Eduardo!
(*Viéndole.*)
¡Ah! respiro.
Por fin, á tiempo he llegado.
Este papel que me ha dado
Jorge...
Eduar. (*Tomándole.*)
Mi carta.
Maria. *(Reconociendo á su padre.)*
¡Qué miro!
Tú tambien: algun horrendo
misterio aquí se me esconde.
¿Qué duelo es ese, responde?
(Eduardo indica silenciosamente á don Cárlos, que á la llegada de María se habrá retirado á un lado.)
¡Don Cárlos! ¡ah! ya comprendo.

EDUAR. (*Atajando á don Diego que quiere hablar.*)
Déjeme usted.—Sí, María;
pero no al torpe ofensor
mires ya en el de tu honor;
lució mas dichoso dia.
Pues doblando la altivez,
que humilla mas que ennoblece,
hoy con su mano te ofrece
ventura y honra á la vez.
MARIA. ¡Qué escucho! ¿no es una vana
ilusion este concierto?
(*A don Diego.*)
Padre...
(*A don Cárlos.*)
¡Caballero! ¿Es cierto?
EDUAR. Y bien, ¿qué dices, hermana?
MARIA. Que en dolor como en placer
mi corazon nunca yerra;
que esto algun misterio encierra.
que no acierto á comprender.
Que no apoyan tal deseo
cual cumple á quien ya no implora,
ni tu carta, ni esta hora,
ni esas armas que ahí veo.
(*Señalando las pistolas que don Diego habrá dejado sobre la mesa.*)
Que aumenta la ofensa mia
reparacion tan menguada
por la violencia arrancada.
D. CARL. Jamás tanta cobardía
cupo en mi pecho: aun en él
me sobra el valor, á falta
de otra cualidad mas alta.
MARIA. Entonces...
(*Indicando la carta que trae en la mano.*)
¡Ah! este papel.
¿Sabe usted su contenido?
EDUAR. (*Aparte.*)
Todo al fin se ha descubierto.—
Nada sabe.
D. CARL. Si por cierto.
MARIA. (*En tono de reconvencion.*)
¿Lo ves, Eduardo? Has creido

con tan generosa accion
labrar mi dicha futura:
la riqueza no es ventura...
(Haciendo pedazos el papel.)
Hé aquí mi contestacion.

EDUAR. ¿Qué has hecho?

MARIA. Era un deber mio.

D. CARL. Ya el resistir es bajeza:
tanta virtud y nobleza
rinden al fin mi alvedrío.
Viva la ofensa estará,
mas todo el tiempo lo espía.
Perdon y olvido, María.
Tuyo soy.

MARIA. No es tiempo ya.

D. DIE. ¿Qué dices?

EDUAR. ¡Cuando esta union
te vuelve honor y contento!

D. CARL. Cuando reparar intento...

MARIA. ¡Tardía reparacion!
De mi amor mató usté ayer
las últimas ilusiones,
y ya nuestros corazones
no se podrán comprender.
Cese aquí nuestra partida;
sin rencor nos separamos
y espero que no volvamos
á encontrarnos en la vida.

D. CARL. No será esperanza vana,
de ello os doy palabra y fé:
díspuesto estoy; partiré
para América mañana.
Allí mi error desdichado
espiaré arrepentido:
¡tarde el precio he conocido
de ese amor que he desdeñado!
De mi ambicion baladí
mayor castigo no espero.
¿Por qué el impulso primero
del corazon no seguí?
¿Por qué para mi castigo
me rendí al fácil poder
de una frívola mujer

cuya vanidad maldigo?
(*Eduardo escucha con inquietud.*)
Ella fué el génio del mal
que me apartó de la senda
de la virtud, con la venda
de un interés criminal.
Ella, con mano traidora
holló de amistad el fuero...

MARIA. (*Que ha estado observando á Eduardo durante los últimos versos.*)
¡Oh! basta ya, caballero.

D. CARL. Sí; concluyamos, señora.
Todo acabó entre los dos,
no me volverá usté á ver.

EDUAR. (*A don Cárlos en voz baja.*)
Don Cárlos, esa mujer...

D. CARL. (*Id. á Eduardo.*)
¿Usted la conoce?
(*Alto.*)
¡Adios!

D. DIE. (*Deteniéndole.*)
No partirá usted así.
¡María!

MARIA. Es empeño vano.

D. DIE. Ve si le niegas tu mano
despues de escucharme á mí.

MARIA. ¿Quereis enlazarme á un hombre
que tanto mal nos ha hecho?

D. DIE. Sí; pues no tienes derecho
para rechazar su nombre.
Que aunque en duelo tan prolijo
tu noble altivez resalta;
ese nombre te hace falta
para dárselo á tu hijo.

MARIA. ¡Ah! renueva usted mi llanto
con ese recuerdo triste:
¡el infeliz ya no existe!

D. DIE. ¡No, que vive!

MARIA. (*Fuera de sí.*)
¡Cielo santo!

D. CARL. (*Acercándose conmovido.*)
¡Qué dice usted!

D. DIE. Lo aseguro.

MARIA. ¡Vamos á verle!
D. CARL. Sí, sí.
D. DIE. Está muy lejos de aquí,
mas le verás, te lo juro.
Ahora mas que no te cuadre,
mira si al deber te humillas.
MARIA. *(Arrojándose á las plantas de don Cárlos.)*
¡Ah! lo imploro de rodillas:
ya no soy mujer ¡soy madre!
Tal suceso no esperaba;
olvida cuanto aquí hablé:
Cárlos, tu nombre, y seré
mas que tu esposa, tu esclava.
D. CARL. (*Levantándola.*)
¿Qué haces, María?... yo soy
quien prosternarse debiera:
no podrá mi vida entera
pagar cuanto gano hoy.
Te daré mi nombre, sí,
nombre y corazon, María.
Despues partiré, algun dia
volveré digno de tí.
D. DIE. *(Apretándole la mano.)*
¡Bien!
EDUAR. *(Que ha estado pensativo durante esta última parte, parece como que ha tomado una resolucion.)*
¿Pues á qué dilatar
enlace tan suspirado?
En la capilla avisado
un ministro del altar
á dos amantes espera...
D. DIE. ¡Dos amantes! tú quizás...
EDUAR. No me pregunte usted mas...
¡fué un engaño, una quimera!
Estoy ya desengañado...
MARIA. *(A don Cárlos.)*
Eres padre.
D. CARL. Y no te asombre:
al influjo de ese nombre
me siento regenerado.
Muerto el corazon creí,
mas Dios su vigor renueva,

desde hoy comienza una nueva
existencia para mí.
De mi funesto desliz
la mancha lavar confio.

D. Die. Vamos pues.

Maria. ¡Gracias, Dios mio,
pues aun puedo ser feliz!

FIN.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el censor de turno y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

Madrid 18 de Noviembre de 1853.

Zaragoza.

LA

SULTANA LOCA

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON JULIAN CASTELLANOS Y VELASCO

Cuaderno 3.°—Ocho entregas, 64 páginas.

PRECIO, DOS REALES

MADRID

ADMINISTRACION: CALLE DE LA ESGRIMA, NÚM. 2, 2.° DERECHA

1881

LA SULTANA LOCA